

DEL TRABAJO POR FICHAS

Escribe: LUIS OSPINA VASQUEZ ✓

El señor director de la Biblioteca **Luis-Angel Arango** me ha pedido, muy amablemente, que escriba algunas notas sobre el trabajo por fichas, especialmente en la investigación económica.

No trataré de hacer el elogio de esa forma de disponer la investigación: no hay ninguna necesidad de hacerlo; es cosa perfectamente sabida que entre ella y el tradicional método de las carteras de apuntes, de los cuadernos y papelitos, hay una diferencia, en punto de eficacia y capacidad, semejante a la que media entre la combinación pala-parihuela y el bull-dozer.

Ni voy a exponer la técnica de ese trabajo, que es por lo demás sumamente sencilla —y sumamente complicada—: consiste en un conjunto de reglas en apariencia nimias, pero que, vueltas costumbre, son de gran ayuda en el trabajo (y que cada uno puede, en casi todos los casos, modificar para ajustarlas a sus gustos, hábitos, caprichos y necesidades; lo esencial es adoptar una disciplina y atenerse a ella).

Trataré de las operaciones más generales, dando algunos datos de mi experiencia en este género de trabajos.

* * *

El rendimiento de un fichero depende en primer lugar de la calidad de las fichas que lo componen, y secundariamente, pero en grado muy apreciable, de la manera de ordenarlas.

La “construcción” de las fichas se encuentra prolijamente tratada en cualquier estudio sobre estos asuntos. En ellos se dan todos los datos apetecibles sobre las formas que en la práctica se han revelado más útiles en estas operaciones. No los repetiré. Lo esencial en la construcción de la ficha no es tanto la forma

que se le dá, sino, ante todo, qué se pone en ella: a qué parte de lo mucho que concebiblemente puede ser motivo de la formación de una ficha se da efectivamente ese tratamiento.

Mi opinión es que esa parte debe ser grande; que más vale perder una ficha que exponerse a perder un dato útil, porque es cosa que ha notado todo el que se ha ocupado en estas actividades, que dato que no se registró inmediatamente no se volverá a encontrar nunca, en el 90% de los casos, por lo menos.

Influye en esto, sin duda, otro fenómeno que constatará también el que se acostumbra al trabajo por fichas: una gran disminución de la memoria. El hábito de la ficha crea una predisposición a olvidar, una actitud frente al dato que favorece el olvido: la reacción que el dato sugiere es la construcción de una ficha, en la que ese dato quedará disponible, sin necesidad de otro esfuerzo o precaución. Se llega a una especie de técnica de registrar, fichar y olvidar, que puede ser una ventaja, si es cierto que "los datos ocupan campo", y que es una especie de presuposición teórica del trabajo por fichas, que precisamente tiene por objeto hacer disponibles más datos de los que la memoria sola, o mal secundada por apuntes, etc., podría conservar.

Es, en todo caso, un fenómeno que debe tener presente el investigador, y una razón para multiplicar las fichas. A la que se agrega esta otra: es imposible saber, cuando aun no se tiene muy avanzado un trabajo, qué dato, relacionable con su tema de él, es inútil, cuál interesante; y no está mal repetir que dato que no se registró en el momento en que apareció es prácticamente dato perdido.

No veo pues como no se deban multiplicar las fichas, pero al mismo tiempo —y puesto que se va a olvidar lo que con la ficha se relacione— hay que hacerlas bastante expresivas, claras, y completas: los garrapateos precipitados, los relampagazos, aunque en el momento parezcan deslumbrantes, no servirán de nada, ni siquiera serán comprensibles, a los pocos días. Esas sí serán fichas inútiles (y por más que se haga, resultarán inútiles muchas fichas, por la razón apuntada).

* * *

En general, las fichas son fichas de documentación, o fichas de elaboración. En las primeras se registran datos ajenos, en las segundas los que suministra la propia labor.

Naturalmente, en una ficha no se pueden poner sino rasgos o muy generales, la idea escueta de un tema a tratar, o muy parciales: una frase que salva uno de los innumerables "malos pasos" que en un trabajo cualquiera de mediana extensión se encuentran, por ejemplo. Lo que no admite son los desarrollos largos. Las secuencias de fichas en que se da entrada a un desarrollo de esa clase no son muy prácticas.

En realidad, la ficha tiene una limitación muy marcada por este aspecto: ningún trabajo de ficha resuelve el problema de ejecutar el trabajo de desarrollo de un tema, de corregirlo... y muy generalmente botarlo al cajón de la basura. Las fichas de elaboración pueden, sí, facilitarlas, si al hacerlas se ha evitado volverlas crípticas.

Si juzgo por mí, en la construcción de las fichas de elaboración es donde se da un coeficiente más alto de esfuerzo perdido, si se juzga por el volumen de lo que del fichero pasa al texto. Puede que en el fondo no sea así, que haya un aprovechamiento sub-consciente... Juzgo que es una buena precaución, si una ficha ha dejado de tener significado, destruirla. Es inútil esperar su esclarecimiento, y verla estorba el trabajo.

* * *

Las fichas de documentación son esencialmente bibliográficas: se trata de registrar un dato tomado de cierta obra, de tal fuente (los datos factuales de observación personal se consideran como de elaboración). Ahora, dada la escrupulosidad que es de uso en estos asuntos, no se puede hacer uso de una cita o dar una referencia si no se puede dar bien la referencia bibliográfica correspondiente. Puedo tener, en una ficha, una cita que apoyaría en forma perfecta un aserto que me interesa no dejar sin corroboración; pero no tengo la referencia bibliográfica correspondiente, en forma correcta. No la puedo usar. (La costumbre de decir "[...] como dice el ilustre escritor Fulano de Tal", aún citando la obra, está ya completamente abandonada, hasta por los oradores de los Comicios Agrícolas.)

Este caso se presenta con curiosa frecuencia a todo el que se ocupa de investigación. Conviene pues tener algún cuidado para evitarlo. Lo mejor sería, desde luego, poner la referencia bibliográfica en cada ficha. Pueden ser muchísimas para una sola obra. Es más práctico hacer una ficha separada, en que

figure la referencia bibliográfica completa, y que se pone aparte, clasificándola alfabéticamente, por el nombre del autor. En las fichas que resulten de la obra no figurará sino una referencia abreviada.

El fichero bibliográfico que así se establece es o puede ser además muy útil para determinar rápidamente si una obra ha sido consultada. Cuando las obras consultadas han sido centenares, y acaso miles, saber esto es una ventaja apreciable y es de mucha utilidad —de mucho más utilidad de lo que al principio se piensa— dar, en la ficha bibliográfica, alguna idea de lo que la obra contiene, de su calidad, de lo que en ella es particularmente interesante. . . . Creo que a todo el que escribe le pasa que, al entrarse en su tema, cambia de punto de vista, encuentra que vale la pena destacar aspectos que en su idea primera pasó por alto, o consideró de poco interés. Es posible que los datos que dejó en la ficha bibliográfica le ayuden en la documentación del nuevo punto de vista.

* * *

Esto nos trae a la manera de establecer la referencia bibliográfica, para su transcripción al texto, si la obra se cita en él.

Es cosa que puede parecer insignificante. No lo es tanto, en sí misma, y no lo es por la idea que da de la formación del que la usa. También la ortografía puede considerarse como cosa convencional, y las faltas contra ella de poca importancia, pero sitúan al que las comete en un plano poco deseable.

La forma y extensión mínimas corrientes de la referencia son: el nombre del autor, el nombre de la obra, el lugar y la fecha de la publicación, la página en que está lo citado, si es que se ha citado; el capítulo, con su número y nombre, si no se transcribe nada, sino que se hace relación a lo que en un lugar determinado, pero no en una página, dice el autor; y si se trata del argumento general de la obra, bastará citarla, sin página ni capítulo.

La costumbre quiere que el nombre de la obra vaya en bastardilla y el lugar y la fecha entre paréntesis, y que entre el final del paréntesis y la página, o lo que siga, vaya una coma (jamás entre el nombre y el principio del paréntesis: inmediatamente delante de un paréntesis no puede haber signo de pun-

tuación; a menos de que todo el párrafo vaya entre paréntesis, en cuyo caso el punto que lo cierra deba estar al interior del paréntesis, lo que rara vez se logra de nuestros tipógrafos). Así:

A. Salter, *Recovery* (Londres, 1932), p. 37.

En general esto es bastante. Situar la obra en el tiempo y el espacio es cosa importante. No parece que lo sea tanto agregar el nombre de la casa editora, como con alguna frecuencia se hace. A menos de que se trate de las publicaciones de una entidad científica, como por ejemplo el **Food Research Institute** de la Universidad de Stanford. En ese caso el dato puede tener interés, y se pone dentro del paréntesis, con el número de serie (si la obra forma parte de una serie cuyos volúmenes se distinguen por números), antes del lugar de publicación.

Naturalmente, si hay varias ediciones de la obra en cuestión, se debe decir de qué edición se trata (en el paréntesis, antes del lugar de publicación), y si es una traducción, se ha de poner el nombre del traductor en el mismo sitio.

* * *

La manera de ordenar las fichas comanda, en no poca extensión, el uso y rendimiento del fichero.

Hay dos maneras básicas de ordenar un fichero, como por lo demás una investigación cualquiera: o la forma topográfica o cronológica (que usualmente se llaman en conjunto forma topográfica), o la funcional. Que se pueden combinar, pero en ese caso invariablemente tiende a primar lo topográfico, por su mayor tangibilidad y evidencia, sin duda.

Tratándose de economía teórica, la forma de ordenación más sencilla y clara, la topográfica, no tiene generalmente aplicación. Hay que tomar la forma funcional, que se presta a la indecisión, a las dudas e incoherencias. La primera tarea del investigador es formar una clasificación funcional, que le permite saber dónde se encuentran las fichas que contienen los datos de que necesita en un momento dado. Pero lo común es que tenga que ir cambiando esa clasificación (y generalmente, haciéndola más complicada), a medida que avanza en su trabajo.

Comúnmente, se llega a un punto en que se puede volver a una especie de clasificación topográfica: el trabajo de que se trata está ya configurado, en forma más o menos firme, en

partes (capítulos); es posible ordenar —reordenar— las fichas según esos capítulos. Esto facilita mucho su aprovechamiento. Impone la manipulación de todo el fichero, para traerlo a la nueva distribución, pero es el momento en que se llega a la explotación exhaustiva, si así puede decirse, del fichero: se puede entonces confrontar fácilmente lo incorporado en el texto con lo contenido en las fichas, emplear lo que no lo haya sido y archivar el fichero, en vista de la posibilidad de trabajos futuros.

Se constatará entonces que mucha parte de las fichas no encontraron uso, que cuando sobre un punto dado se habían reunido diez fichas, bastaron para su esclarecimiento una o dos. Las otras no hacían sino demostrar una tendencia general en los autores, o esclarecer puntos secundarios que no alcanzaron a ser tratados en la exposición, o señalaban primeras impresiones, salidas en falso, etc., o simplemente confirman, apoyan, ilustran, lo que se ha hecho, sin apoyo en ellas, aparentemente: porque en la realidad, en los esbozos sucesivos, en los pasos y repasos de fuentes y referencias, en que se ha ido estableciendo el texto, se ha ido elaborando, con apoyo más o menos consciente en esas fuentes, lo que aparece en la versión definitiva, sin referencia especial a ellas.

De donde se deduce este dato, que conviene que tenga muy presente el que se inicia en el trabajo por fichas: las fichas que se aprovechan formal y ostensiblemente —las que estructuran un párrafo, las que dan lugar a una cita— son apenas una fracción, un 10 a 20% del total (en trabajos de historia o de erudición el porcentaje puede ser mayor); pero esto no quiere decir que las otras fueran perdidas; quedaron empleadas en la elaboración, asimiladas y subsumidas en el resultado global último. Sin ellas, sin el proceso de establecerlas, consultarlas, rechazarlas, con todas las concomitancias y accidentes mentales que ello implica, ese resultado hubiera sido otro; y eso basta para justificarlas.